

REGALO PARA LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL

El compositor Massenet es un carácter, un temperamento: hijo de una familia humilde y por añadidura numerosísima, allá en los albores de su juventud, abandonó la casa paterna, lanzándose en busca de fortuna á los desconocidos espacios que llenan los espejismos de la ilusion. Llegó á Paris, luchó por la existencia, antes que por la gloria, y cayendo y levantándose cien veces, pudo vislumbrar los dorados horizontes de la celebridad, primero con su *María Magdalena* y mas tarde con su *Rey de Lahore*. Pero la ruta de la gloria es muy escabrosa, *Herodias*, la última partitura de Massenet habria tenido que hacer larga antesala en la Opera de Paris, pues no bastan los dos teatros líricos de aquella capital á dar salida á los productos de los que llaman á sus puertas. Los empresarios escogen la obra que juzgan mas conveniente á sus intereses, y con el concurso de un público que se renueva sin cesar, compuesto de extranjeros en su mayor parte, dos ó tres obras nuevas les bastan para recorrer la temporada.

Bruselas brindó á Massenet su hermoso teatro de la Moneda, y aunque hasta entonces la capital belga recibia las producciones de segunda mano, los empresarios Ca-

EL COLUMPIO, por Federico Kraus

labressi y Stonmon no titubearon un punto en dar este arriesgado paso por el camino de la descentralizacion musical. Y lo dieron con tan buena fortuna que Paris se trasladó á Bruselas el dia del estreno: el ministro de Bellas Artes y algunos altos dignatarios de la República, los *dilettanti* mas conocidos, los críticos mas considerados *se descentralizaron* tambien y partieron hácia la capital del vecino reino, ávidos de no desperdiciar las sensaciones de un estreno. De modo que no solo Massenet no hizo antesala, sino que cuantas personas notables encierra Paris, hubieron de trasladarse á Bruselas para pagar tributo al genio de un compatricio.

El talento especial de Massenet, cuyo autor tiene en su paleta melódica todos los colores y matices imaginables, se revela no solo en la melodía original y espontánea de todas sus obras, sí que tambien en la armonía de un corte distinguido y hábilmente instrumentado. Pintar con los sonidos, dar carácter á las frases con el tono, agrupar y combinar los acordes instrumentales eran hasta aquí las cualidades mas salientes de este compositor; pero *Herodías* se cierne en unas esferas que no habia recorrido aun con sus precedentes obras. La grandiosidad es nota culminante de la última composicion de Massenet.

Al ocuparse los críticos de esta produccion encomian su abundancia de ideas, la elegancia de su estilo, el buen gusto que preside en su disposicion escénica, la energía, el vigor y su inagotable y sorprendente riqueza de tonos. Y sin embargo, el autor no asistió al estreno: tenia miedo.

Un íntimo amigo de Massenet, al llegar desde Paris, encontrando el despacho agotado, fué á pedirle un asiento por caridad.

—Difícilmente podré complacerle, á no ser que quiera V. estar á mi lado.

—¡Oh! con muchísimo gusto.

—Entonces, á la hora de la funcion, véngase V. á la fonda y mandaré que le traigan una silla.

Massenet cuenta solo 39 años: es un hombre modesto y un trabajador infatigable, tiene en cartera una nueva ópera titulada *Medusa*, y aficionado á comer á dos carrillos, anda enredado con otras dos que se titulan *Werther* y *D. Juan de Marana*.

Continúan en la Opera de Paris los ensayos de la *Francesca di Rimini*, de Ambrosio Thomas; y en la *Renaissance* se ha estrenado una produccion en cuatro actos, letra y música de Mlle. Olaguier, que no figura en los carteles ni como ópera, ni como opereta, ni como drama lírico, sino simplemente como *narracion árabe*. El argumento es pobre, y la música de puro melodiosa, suave y dulce, acaba por empalagar. Es una especie de letanía amorosa, una paráfrasis degenerada del *Desierto* del inolvidable Feliciano David.

En los teatros de Italia se suceden los fiascos, á despecho de los elogios que á tanto por línea publica la prensa teatral de aquel país. Unas cuarenta obras líricas se han estrenado en él durante el año que acaba de finir, y casi todas han muerto prematuramente en el mismo teatro do vieron la luz primera, sin que de ellas queden mas que los éxitos grandes, colosales, maravillosos, estupendos consignados en los aludidos periódicos italianos.

¿Habrá sonado para Wagner la hora de la decadencia? Hiciéronse en Paris, como no ignoran mis lectores, afortunados tanteos, ejecutándose en algunos conciertos selectos fragmentos del célebre compositor aleman, recibidos con aplauso, é iba á darse un paso decisivo poniendo el *Lohengrin* en toda regla; pero los empresarios Neumann y compañía han tenido que desistir de su empeño ante la hostilidad del público y de la prensa. Surgieron al principio algunos choques sobre si la obra debia cantarse en italiano, en francés ó en aleman: el patriotismo se puso en guardia, se exacerbaron los odios mal extinguidos, algunos periódicos hicieron gala de que ningun francés digno y amante de su patria asistiria al espectáculo; replicaron otros que irian sí, pero á alborotar; varios artistas á quienes se confió algun trabajo se desentendieron de su encargo y hasta se dice que mediaron conferencias entre el embajador aleman y el ministro de Estado. Resúmen: la obra se retira hasta tanto que no destilen sangre las heridas de la guerra franco-prusiana. ¡Deplorable espectáculo! Ya no puede repetirse ahora lo que se decia de Orfeo: no, la música no domestica á las fieras.

Pero no es esto lo peor. Esto, en cierto modo, halagará el patriotismo germánico de Wagner, ya que el odio provocado por el odio, cuando de asuntos patrióticos se trata, puede llegar á ser honroso. Lo mas triste para Wagner es que su nueva produccion *Tristan é Isolda*, estrenada recientemente en Berlin, no haya alcanzado el éxito caluroso á que tenia derecho la fama de su autor. Dice el *Musikwelt* de aquella capital que los wagneristas mas entusiastas no han podido menos que recibir con tibieza la última produccion del gran sacerdote de Beyreuth.

¡Y pensar que esto sucede con un compositor de tan legítima popularidad y en su propio país! De la popularidad de Wagner ahí va un detalle. Acaba de publicarse en Alemania un almanaque de Wagner, que se llama así, porque cada uno de los 365 dias del año contiene una efeméride del maestro. «De hoy mas no se dirá: se levanta y se pone el sol, observa un revistero, sino se levanta y se pone Wagner.»

Escasas obras dramáticas registra la semana. Los periódicos alemanes se hacen lenguas de un drama en cinco actos que acabe de estrenarse en Breslau, con el título de «*Padres é hijos*,» original de *Wildenbrisck*, autor de *Los Carlovingios*, y otras obras aplaudidas. El argumento *adres é hijos* es interesante, desarrollándose á través de los acontecimientos bélicos que á primeros de este siglo trastornaron el suelo de Alemania.

Allende los mares, en Buenos Aires, acaba de surgir un hermoso retoño de nuestra gallarda literatura dramática. Bien digno de consignarse es este acontecimiento, pues *La Marquesa de Altimira*, de cuyo drama se ocupa con encomio la prensa argentina, es fruto del ingenio de una señora. Doña Eduarda Mansilla de García tuvo la honra de salir á la escena á recibir las entusiastas ovaciones de aquel público.

Aparte de esto, no tenemos apuntadas en cartera mas que dos zarzuelas, originales del fecundo Larra, tituladas *La niña bonita*, con música de Fernandez Caballero, y *Los hijos de Madrid* con música de Cereceda. Ni la una ni la otra descubren nuevos horizontes en el género; antes bien tienen los mismos lugares comunes y la misma frivolidad que campea generalmente en todas las zarzuelas. Juguete de capa y espada, tiene la primera situaciones cómicas; y de carácter melo-dramático la segunda, muévese en la esfera de la crónica criminal. Pero hay facilidad y soltura en la versificacion y sabor local en algunos trozos de música, por lo que el público, acostumbrado á este pisto, la paladea y digiere, sin hacer remilgos ni aspavientos.

Todas las maravillas de la escenografía, decoraciones, trajes, atrezzo y maquinaria se han desplegado en las *Mil y una noches*, obra estrenada en Paris, y cuyos autores D'Ennery y Ferrier, por medio de un personaje que va pasando de un cuento á otro, han logrado enlazar las historias sueltas é independientes que constituyen la obra originaria.

Cunde en Lóndres la idea de crear una sociedad bajo las mismas bases del Teatro francés, con objeto de dar vida al drama nacional protegiendo las obras originales, con exclusion de arreglos y traducciones. Veremos si por este medio esencialmente proteccionista reviven en la escena inglesa los buenos tiempos de Sheridan, Goldsmith y Jorge Calman.

El interés de la *Odette* de Sardou se ha trasladado á las columnas de la prensa. Uchard, autor de *Fiammina*, disputa á Sardou la paternidad de *Odette*, y aquel drama olvidado revive y es objeto de estudios y comparaciones á medida que se cruzan los escritos de ambos autores convertidos en corteses antagonistas. El público sigue con gran interés esta polémica. Por su parte los italianos pretenden interponer en este litigio tercería de dominio, alegando derechos de prioridad en favor de Giacommetti, autor del melodrama *La colpa vendica la colpa*. Arduo es el asunto, pues ¿quién es capaz de fijar dónde empieza y dónde acaba la propiedad intelectual?

Sarah Bernhardt continúa su excursion por el vasto imperio moscovita. A su paso por Viena ha dejado á una imitadora de un género muy especial: llámase Josefina Gallmeyer, y la ha dado en parodiar á la célebre actriz francesa, con tanto donaire que esta actriz es hoy por hoy el regocijo del público del *Carl Teater*. Tambien segun parece, la Gallmeyer se propone recorrer la Europa en pos de la Bernhardt, sembrando carcajadas por todas partes donde siembra lágrimas la inimitable Dama de las Camelias.

Con la Patti cerré mi postrera revista, y con ella voy á poner punto final á la presente. El público americano ha suavizado su aspereza transigiendo con ella y con Nicolini, desde que el célebre empresario Abbey, gran conocedor de sus compatricios, ha tomado á su cargo la tarea de exhibirles, y sobre todo desde que se ha bajado el precio de entrada. La diva, en justa correspondencia, no se limita como hasta aquí á dar conciertos ordinarios, sino que á veces canta buenos trozos de las óperas de su repertorio, vistiendo el traje correspondiente. A pesar de esta capitulacion, percibe la Patti 32,000 francos por noche y Nicolini 2,000 francos, ó como si dijéramos 8,000 y 500 francos respectivamente por pieza, pues son cuatro las que suelen cantar en cada concierto.

Supongamos, dice un periodista francés, que ambos artistas se aperciben á cantar el duo de la *Traviatta*. Este duo contiene 219 palabras: 101 para Violeta y 118 para Alfredo, de suerte que cada palabra viene á resultar á 79 francos 20 céntimos para la Patti y á 4 francos 60 céntimos para Nicolini.

La orquesta preludia el *ritornello*: comienza el duo y Violeta canta:—«*¡Oh quel pallor*» (tres palabras 237 francos 60 céntimos) un instante de silencio.... luego ve á Alfredo y exclama:—«*Voi qui!* (156 francos 40 céntimos).

Alfredo contesta:—«*Cessate é l' ansia che mi turbo.*» (32 francos 20 céntimos.)—«*Sto meglio*» replica ella (156 francos 40 céntimos).

El duo termina con una declaracion de amor.—Decidme que me amais todavía.—¡Ah sí, os amo! y las palabritas *amo, amo*, repetidas una porcion de veces van y vienen desde la Patti á Nicolini y desde Nicolini á la Patti á 79 francos 20 céntimos y 4 francos 60 céntimos la pieza.

A ver quién dice que la aplicacion de la aritmética á la música no es una ciencia interesantísima.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL COLUMPIO, por Federico Kraus

No hay como los pocos años para discurrir con el diablo. Un muchacho travieso ha convertido en columpio el primer objeto que le ha parecido á propósito. Con la mayor facilidad del mundo puede romperse la crisma: su madre y sus hermanitas se esfuerzan para conjurar el peligro, mientras el causante de la alarma, mas contrariado que agradecido, se prepara para descabalgar á pesar suyo. Completa el cuadro la risueña figura de un niño que contempla al héroe de la fiesta con una jovialidad que bien pudiera decir:—¡Quién se viera en tu lugar!....

¡Dichosa edad la de las travesuras infantiles!.... A ellas suceden las calaveradas de la juventud; á estas las pasiones de la edad madura, y á estas las bufonadas de la ancianidad..... El columpio, entonces, amenaza romper algo mas que una costilla; amenaza romper las leyes del decoro, de la familia y del sentido comun.

MEDITABUNDA, por Luis Sorio.

El fondo ó carácter de la pintura italiana es como el fondo ó carácter de la música; el sentimiento descuella en primer término. La figura de nuestro grabado, esa hermosa jóven que dirige el pensamiento á regiones que no pertenecen al mundo vulgar, está sentida como Bellini sintió á *Elvira*, como Donizetti sintió á *Lucía*. La primera impresion que produce este cuadro no puede ser mas simpática: hay en la mirada del personaje un reflejo perfecto del estado de su alma, alma pura, candorosa; hay algo que participa de la condicion de la rosa que lleva olvidadamente en la mano. La flor ha sido arrancada de su tallo y sufre sin duda; la jóven ha sido arrojada del paraíso de sus ilusiones infantiles y siente el dolor de la primera espina. ¿Qué la reserva el porvenir? Hé aquí la verdadera interrogacion que expresa su mirada, fondeando los misterios del espacio.

UN PALCO EN LOS TOROS, por Llovera.

Pocas explicaciones son necesarias para la inteligencia de esta bellísima composicion. El asunto está tratado de una manera simpática, el llamado *espectáculo nacional* pasa desapercibido casi por completo y, á decir verdad, las jóvenes que lo han tomado por pretexto para lucir sus galas y su hermosura verdaderamente españolas, no parecen apasionarse gran cosa por la lidia. Tanto mejor para ellas... La juventud y la belleza están fuera de su lugar en un circo taurino: únicamente en la corrompida Roma pagana se concibe que las vestales ocupasen sitio de preferencia en los palcos de las ensangrentadas arenas. La mas sencilla y eficaz manera de acabar con las corridas de toros seria que las damas cristianas se retrajesen en absoluto de presenciarlas. ¡Cuánto ganarian con ello, á los ojos de toda persona sensata!

PASATIEMPOS DOMESTICOS EN CHINA

El grabado de este título inserto en la página 16, copia de un cuadro debido al pincel del eminente pintor M. Chevalier, representa un grupo de bonzos ó sacerdotes chinos, entretenidos en descifrar un problema de puro pasatiempo. Lo que mas resalta en el grabado en cuestion es la naturalidad de todos esos tipos orientales trazados con mano maestra; prescindiendo de que el conjunto, rico en detalles, se realza mas aun por los efectos de luz y sombra que hacen del cuadro de M. Chevalier una obra verdaderamente notable.

CONTRIBUCION DE GUERRA, por Gustavo Gaupp

Los religiosos del convento permanecian ajenos á la lucha que ensangrentaba los campos de Alemania. Un dia, empero, las terribles exigencias de la guerra turbaron la quietud del claustro. Una turba de guerreros, tan encallecidos de manos como de conciencia, invaden el tranquilo retiro, y bonitamente van exigiendo los tesoros de la iglesia para fomentar aquello que la Iglesia condena con mayor energía. La resistencia es inútil, porque nuestros soldados tienen oidos de mercader para los sermones de los Reverendos Padres. Cuadros, alhajas, vasos sagrados, todo se confunde en un mismo haz y en una misma profanacion. Restaba una cruz conventual, un primor del arte, un tesoro cuidadosamente ocultado por los frailes..... Vano empeño. Los cobradores de la contribucion (íbamos á decir del barato) de guerra, han extendido encima de la mesa el inventario del tesoro eclesiástico, y la cruz, tan cuidadosamente ocultada, viene á aumentar el acervo de los soldados, que pelean en nombre del Papa y mañana venderán la inestimable joya en casa de un judío.....

El enojo y escándalo de los frailes contrasta con la energía casi feroz de los guerreros; el conjunto del cuadro ayuda á comprender y sentir una escena, siempre renovada y siempre igualmente repugnante.

LA MUJER ALTA (CONTINUACION)

POR DON P. A. DE ALARCON

No sé si por fatalidad innata de mi imaginacion, ó por vicio que contrajo al oir alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta á los niños en la cuna, el caso es que, desde mis tiernos años, no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, á las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fué necesario, y, recien salido de la Escuela de Ingenieros cerré á palos y á tiros en Despe-

ñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje á la obediencia. Toda mi vida, en Jaen, en Madrid y en otros varios puntos, he andado á deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacia velar, y si, por acaso, he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones ó simples perdona-vidas, á ellos les ha tocado huir ó echarse á un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada ó andando, y yo iba tambien solo, y no se veia mas alma viviente por ningun lado..., entonces (ríete, si se te antoja, pero créeme), poníaseme carne de gallina, vagos temores asaltaban mi espíritu, pensaba en almas del otro mundo, en séres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacian reir en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, ó me volvia atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veia dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame tambien á reir y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocia nadie. Allí me daba cuenta friamente de que, pues yo no creia en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada habia debido temer de aquella flaca hembra, á quien la miseria, el vicio ó algun accidente desgraciado tendrian á tal hora fuera de su hogar, y á quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio, por si lo necesitaba, ó dar limosna, si me la pedia...—Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenia yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiesé ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!...—Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca á adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre, tan luego como llegaba á mi casa ó veia otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba á los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones ó engaños sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de noviembre de 1857!), volvia yo, á las tres de la madrugada, á aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces...—Acababa de salir, á hora tan avanzada, y con un tiempo feroz, de viento y frio, no de ningun nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprendas) de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habian arruinado muchas gentes, y á la cual me habian llevado á mí aquella noche por primera... y última vez.—Sabes que nunca he sido jugador: entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba á reducirse á trabar conocimiento con ciertas damas elegantes de virtud equívoca (*demi-monde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al *Enano*, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fué que, á eso de las doce, comenzaron á llegar nuevos tertulios, que iban del Teatro-Real ó de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse de juego, y salieron á relucir monedas de oro, y despues billetes, y luégo bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco á poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseia, y áun quedé debiendo un dineral..., con el *pagaré* correspondiente.—Es decir: que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situacion hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvia yo, digo, á mi casa aquella noche, tan á deshora, yerto de frio, hambriento, con la vergüenza y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, á quien tendria que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podria ménos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posicion..., cuando, á poco de penetrar en mi calle, por el extremo que da á la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recien construida de la acera que yo llevaba, advertí que, en el hueco de su cerrada puerta, estaba de pié, inmóvil y rígida como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los mios como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror ó delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente, dióme no sé qué percepcion maravillosa para distinguir de golpe, ó sea en los dos segundos que tardaria en pasar rozando con aquella repugnante vision, los pormenores más ligeros de su figura y de su traje...—Voy á ver si coordino mis impresiones, del modo y forma que las recibí y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro á la mortecina luz del farol que alumbró con infernales relámpagos tan aciaga y fatídica escena...

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante!—Descuida, sin embargo, por el estado de mi razon...—¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que todavía denominaré *mujer*, fué su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros: luégo, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de buho, la enormidad de su saliente nariz, y la gran mella central de su dentadura, que convertia su boca en una especie de oscuro agujero; y, por último, su traje de mozuela del Avapiés; el pañolillo nuevo de algodon que llevaba á la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenia en la mano y con el cual se cubria, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y formidable, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo, en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad á giganta tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producia el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataria de un hombre disfrazado...—Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca... ¡no sé de qué! ¡de algo que justificaba plenamente la aversion y el susto que me habian causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!...—¡Dijérase que, desde la cuna, habia presentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temia por instinto, como cada sér animado teme y adivina y ventea y reconoce á su antagonista natural, ántes de haber recibido de él ninguna ofensa, ántes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché á correr en cuanto ví á la esfinge de mi vida, ménos por vergüenza ó varonil decoro, que por temor á que mi propio miedo le revelase quién era yo, ó le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa está al extremo opuesto de aquella prolongada y angosta calle, en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua, á quien creia capaz de aniquilarme con una palabra!...—¿Qué hacer para llegar hasta allí?—¡Ah! ¡con qué ansia veia á lo léjos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde á todas horas hay agentes de la autoridad!...

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza, disimular y ocultar aquel pavor miserable, no acelerar el paso; pero ganar siempre terreno, áun á costa de años de vida y de salud; y así, poco á poco, irme acercando á mi casa, procurando muy especialmente no caerme ántes redondo al suelo!

Así caminaba...; así habria andado ya lo ménos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa, y sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza, á ver si me seguia mi enemiga!

—Una de dos... (pensé con la rapidez del rayo): —O mi terror tiene fundamento, ó es una locura: si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome, y no hay salvacion para mí en el mundo...—Y si es una locura, una aprension, un pánico como cualquiera otro, me convenceré de ello, en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta, preservándose del frio, ó esperando á que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hácia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

(Se continuará)

EL HOMBRE ROJO

¡Pobre amigo mio! ¡Aun me parece que le estoy viendo!... A las seis en punto sentábase á la mesa y la abandonaba á las nueve. En esas tres horas, pasaba revista á los mas suculentos manjares y á los vinos mas delicados. Servando no era un hombre; era un estómago. Habia nacido para comer, y llenaba su mision en este mundo del modo mas completo que pudiera desearse.

No trabajaba, porque era rico... Rico relativamente, pues sus doce mil duros de renta apenas si le bastaban para sus caprichos gastronómicos, para sus salsas inverosímiles y sus nidos de golondrinas. No iba á los toros, ni al teatro, ni al café, ni á reuniones. Lo mas que se permitia era ir á la fonda y esto muy á disgusto, porque en las fondas, despues de devorar el cubierto de cuatro, salia desfallecido de hambre. Tenia cocineros propios, arrebatados á fuerza de diplomacia y de dinero á los primeros gastrónomos de Europa.

Tenia una modesta biblioteca de 500 volúmenes; mitad ediciones de Brillat-Savarin, y el resto tratados culinarios escritos en multitud de idiomas que él traducia.. por el olor, segun aseguraba alegremente.

El mejor departamento de su casa, el *Sancta Sanctorum*, puede decirse, donde él habia agotado todos los refinamientos del lujo, todas sus prevenciones, todos sus desvelos, era la cocina.

Servando era indiferente respecto á todo lo que no se relacionara con su mesa.

La mujer estaba de mas en el mundo para mi amigo; no habia virtud ni belleza que le conmoviera; pero en cambio, sus mejillas, naturalmente rubicundas y carnosas, se encendian con las tintas de la pasion y sus ojos lanzaban relámpagos, á la vista de un manjar nuevo y apetitoso, que excitase su deseo. La mujer mas descontentadiza en materia de amores, se hubiera sentido orgullosa de inspirar aquella pasion.

Un buen cocinero, disponia de la vida y hacienda de mi amigo.

Servando, pues, tenia corazon, pero lo tenia en el estómago.

* * *

Muchas veces sus amigos, le reprendíamos, afeándole aquella opsofagia, que le trasformaba en un egoista despreciable.

El nos oia con la imponderable calma que le prestaban sus diez y seis arrobas de músculos y de tejidos adiposos, y mas particularmente su carácter en extremo apacible; y si no tenia la boca llena, lo cual era difícil, nos contestaba:

—Teneis razon; esta gastrolatria es asquerosa, todo lo que querais, pero no pienso apostatar. Cada hombre tiene sus defectos y yo tengo el mio, que despues de todo no perjudica á nadie. ¿Me embriago ó contraigo deudas?... Peor seria que *hiciese política* ó escribiera versos conspirando de esta manera, contra la patria ó contra la literatura.

Esto dicho, lanzaba una sonora carcajada y pedia la comida.

Tenia razon; no perjudicaba á nadie, y defecto por defecto, preferible era á otros muchos de que se halla plagada la humanidad, el que reprochábamos en nuestro amigo.

¡Ah!... Quién habia de figurarse cuando así nos hablaba, que aquel hombre tan inofensivo, tan bueno en el fondo, puesto que se contentaba con un solo pecado capital, teniendo siete nada menos á su disposicion; quién habia de figurarse, repito, que antes de poco lo veríamos en el banquillo de los acusados!...

* * *

El dia que me lo dijeron me quedé extático y mudo de sorpresa.

Necesité que me repitieran la noticia para comprenderla, y sin embargo no la di crédito.

Corrí á casa de Servando á fin de confirmar mi opinion en un todo opuesta á los rumores que circulaban... Figuraos cuál seria mi aturdimiento, mi terror, al saber que efectivamente, Servando estaba preso, acusado de haber cometido un asesinato!

¡Un asesinato!... Era necesario conocer á mi amigo, para comprender todo lo absurdo de esta acusacion. El hombre mas santo, el mas impecable, estaba á mi ver cien veces mas expuesto que él á la comision de tal delito.

Servando no tenia pasiones, mejor dicho, todas las pasiones las habia reducido á una sola; la mesa.

Servando podia matar, sí, pero solo en una ocasion; cuando se le disputara un *foie-gras* ó un trozo de *rosbeef*.

Pero generalmente, mi amigo comia solo, y ademas, ¿quién iba á disputarle un pedazo de carne?

Estaria ébrio—pensaron algunos—pero esto era imposible... Servando no se embriagaba nunca.

* * *

Desde su casa, sin perder momento, me trasladé al Saladero.

Todavía no me resignaba á creer que fuera culpable; por el camino pensando en ello, llegué á desechar en absoluto tal idea. Al entrar en la cárcel no existia en mí la mas leve sospecha contra mi amigo.

Habiase destinado al reo una de las mejores habitaciones de pago, en la que no sin grandes dificultades logré penetrar.

En la puerta encontré al abogado defensor, amigo mio, que ya se retiraba.

—A ver si logras hacerle que hable,—me dijo.—Se ha empeñado en no pronunciar una palabra, y de ese modo es imposible la defensa.

—Pero en efecto, ¿es culpable?—le pregunté.

El abogado se encogió de hombros y me dejó.

* * *

Servando hacia los debidos honores á los platos, que segun lista suministrada por él le habian llevado de su casa y al parecer estaba contento.

—¿Eres inocente, verdad?—fué lo primero que lleno de ansiedad le pregunté apenas lo distinguí, medio oculto por un enorme frutero.

Servando hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Ah...! ¡No eres inocente!... ¿Luego es cierto que has matado?... ¿Qué rapto de locura ha sido ese? ¡Habla!...

—Ya sabes que mientras como no hablo. No me gusta amargar este único y supremo placer de mi vida. Luego



MEDITABUNDA; por Luis Sorio



UN PALCO EN LOS TOROS; por Llovera

te lo contaré todo. Por lo pronto contentate con saber que aquí no ha mediado ningun rapto de locura. A Dios gracias, mi juicio y mi estómago continúan cada vez mas firmes.

Y para corroborar su aserto trinchó un enorme trozo de *beefsteak*.

Ruegos, amenazas, todo fué inútil para hacerle salir de su mutismo.

En vano le pinté con vivísimos colores todo lo difícil de su situacion y las terribles consecuencias que podia tener; en vano quise excitar su confianza, y conmoverlo hablándole del interés que á todos los amigos nos inspiraba su salvacion y de lo mucho que haríamos para conseguirla, siempre que él nos ayudara con sus confidencias..... Todas mis excitaciones no obtuvieron mas contestacion, que el pausado y monótono rum, rum, que al moverse producian sus mandíbulas.

¡Y con qué tranquilidad comia el desalmado!

* * *

Volví á mejor hora acompañado del defensor.

Por una verdadera casualidad, Servando no comia; estaba de muy buen humor y consintió fácilmente en referirnos todos los detalles del terrible drama en que habia desempeñado tan odioso papel.

—Antes de entrar de lleno en el asunto,—dijo,—y de manifestaros todas las peripecias de un suceso, que os parecerá tan raro, tan incomprensible como para mí lo es en este instante, permitidme que os dirija una pregunta, á la cual exijo una contestacion franca, categórica, pues de la misma depende tal vez la explicacion de todo lo acaecido.

Ante este exordio, el abogado y yo nos miramos llenos de sorpresa.

Nuestra curiosidad adquirió un nuevo incentivo.

—La pregunta es esta,—prosiguió Servando.—¿Creeis que estoy loco?.... ¿Habeis observado en mí, antes ó despues del terrible incidente que ha deshonrado mi nombre, privándome al mismo tiempo de la libertad, habeis observado, repito, algun síntoma de enajenacion al que se pueda atribuir el móvil de mi crímen?.... Mis gestos, mis palabras, mis acciones, ¿han denunciado alguna vez la perturbacion de mi juicio?.... Esperad; no he terminado. ¿Me creeis preocupado ó supersticioso? Vosotros que me conoceis, ¿qué juicio habíais formado de mi educacion y de mis instintos?.... ¿Sospechasteis nunca que este cuerpo craso encerrase el alma de un demente ó de un monstruo? Contestacion franca, repito; sin ambages y sin rodeos, porque al presente, yo mismo necesito salir de dudas.

El abogado permaneció silencioso, con los codos apoyados sobre la mesa y la frente oculta entre las manos.

Yo tomé la palabra para contestar á mi amigo.

—Mi respuesta será breve, le dije, y tan franca como tú la exiges. Hace veinte años que te conozco y nunca he observado en tí el mas leve síntoma de enajenacion mental; por el contrario, siempre se ha hecho notar tu juicio, por lo sólido y por lo reposado.

Respecto á creencias, estoy convencido de que no las tienes ni buenas ni malas. Entregado por completo á la vida material, único defecto que pudiera reprocharte, para tí no ha existido nunca mas fe ni mas ciencia ni mas apóstol que Brillat-Savarin y el arte culinario. Bien sabes que tus amigos nos escandalizábamos muchas veces ante tu completa incredulidad; no es de creer, por lo tanto, que seas supersticioso.

Tercera y última parte de tu pregunta: tus instintos siempre me parecieron carnívoros, pero solo temibles para la caza. En cuanto á tus semejantes, siempre fuiste pacífico y humanitario, y sin que esto entrañe un ataque á tu honor y si á tu especial idiosincrasia, te creia capaz de sufrir pacientemente un ultraje, por no alterar una digestion. He dicho.

—Sepamos lo que opinas tú,—dijo Servando dirigiéndose á su defensor.

—Exactamente lo mismo que acabas de oir,—contestó este;—y lo siento—añadió.—¡Yo hubiera querido que estuvieses loco!...

—Gracias, interrumpió el gastrónomo sonriéndose.

—¡Ah!.... Hubiera sido un gran recurso para la defensa!

* * *

Despues de recogerse un instante y de meditar, como para poner en claro sus ideas, Servando exclamó de pronto, entrando de lleno en la cuestion que habia provocado nuestra entrevista:—Ahora, oid la exacta relacion de lo acaecido. Encontrareis en ella algunos misterios que á mí me seria imposible descifrar....

Una noche, quince antes de aquella en que se realizó la terrible catástrofe, un hombre vestido de rojo de piés á cabeza entró en el comedor en el instante en que yo despachaba el último plato. Llegó hasta mí, y retirando el manjar que tenia delante, lo sustituyó con otro tambien rojo como él.... Parecia un plato de sangre!... Yo me incorporé sorprendido; queria interrogarle, sospechando una pesada broma de alguno de vosotros; pero no tuve tiempo....

El hombre rojo levantó una de sus manos, que cayó como una pesada maza sobre mi nuca.

La fuerza del dolor me hizo perder el sentido, y al despertar solo ví á mi criado, que tranquilamente arreglaba la vajilla en el aparador, sin haber notado siquiera mi desvanecimiento. Hícele algunas preguntas, pero la profunda sorpresa de que se mostró poseido, dióme á entender que nada lograria, ó de su ignorancia ó de su complicidad en vuestras incomprensibles bromas. No insistí, por lo tanto, y aplacé la satisfaccion de mi curiosidad para momento mas oportuno. En toda la semana el extraño personaje me visitó una ó dos veces.

Despedí al criado, y tomé otro que hice venir de fuera á fin de que ni aun de vista conociera á ninguno de mis amigos, y no se prestase á secundar una farsa de tan mal gusto. Para mas seguridad, hice que me sirviera de una vez la comida, y cerré con llave la puerta del comedor.... En el momento crítico, al tomar el último plato, el *hombre rojo* estaba delante de mí, golpeándome como de costumbre... No fué curiosidad, ni rabia lo que sentí entonces, sino terror, un terror profundo, inexplicable; un terror que hizo castañetear mis dientes y que cubria mi cuerpo de un sudor frio.... Mi desvanecimiento duró aquella noche cerca de una hora. Sin perder tiempo y sin participar á nadie mi inverosímil aventura, examiné minuciosamente la estancia, temiendo una comunicacion secreta con el resto de la casa; las paredes, el techo, el pavimento, el rincon mas insignificante, la hendidura mas imperceptible, todo fué escrupulosamente registrado, hasta que quedé en absoluto convencido de que el comedor no tenia mas que un solo acceso. ¿Tendré necesidad de detallaros igualmente mis terrores, mis padecimientos, mis angustias en las otras seis noches hasta el terrible desenlace del drama?.... Basta decir que las comidas se convirtieron para mí en ayunos, y que el sangriento plato estaba siempre delante de mi vista. La última noche, yo habia adoptado mi resolucion, resolucion tan inquebrantable, como desesperada; *el hombre rojo* no escaparia de mis manos, y si lograba huir, me suicidaria para librarme de aquella tortura, tanto mas horrenda, cuanto mas misteriosa.... El terrible huésped no se hizo esperar.... Yo habia renunciado á todas las precauciones que anteriormente adoptara.... La puerta del comedor estaba abierta y el criado entraba y salia, llevándose intactos los platos que acababa de presentarme.....Quedé solo un instante y *el hombre rojo* surgió á mi lado.... Una de sus manos me presentaba el repugnante manjar color de sangre, la otra caia con un peso enorme sobre mi cabeza.... Mi arma hirió, y tuve el supremo placer de contemplar al *hombre rojo* que como una serpiente se retorcia por el suelo; pero la sorpresa, el terror, la rabia me desvanecieron.... Caí, y al despertar me encontré cargado de hierros.... Decidme ahora, ¿quién ha sido mi víctima?....

—Tu víctima ha sido tu criado.

Servando nos miró de un modo, que bien claro daba á entender su incredulidad y su desconfianza. Luego comió tristemente y quedó silencioso.

* * *

El tribunal estaba reunido; el escribano, el fiscal y el abogado defensor ocupaban sus respectivos asientos y el acusado su banquillo. Los ujieres atareados, trataban de establecer el órden entre la multitud de curiosos que llenaba el resto de la sala.

Sobre la mesa del tribunal llamaba la atencion una preciosa daga, inestimable joya de Toledo...

Sonó la campanilla, apagáronse los murmullos y dió comienzo la *vista*.

Pero antes de que el escribano con su tonillo gangoso y precipitado hubiese tenido tiempo de leer la primera página de su apuntamiento, Servando que permanecia melancólico y como sumido en profundísima reflexion, irguióse de súbito, preso de horrible estremecimiento; dilatáronse sus pupilas, amoratóse su rostro, y su enorme masa como herida del rayo cayó al suelo, con el estruendo de una torre que se derrumba.

La voz del Presidente se ahogó, entre el tumulto ocasionado por este tristísimo acontecimiento; los ujieres fueron arrollados y todo el mundo se precipitó hácia el lugar donde habia caido mi amigo... Adelantóse un facultativo y despues de examinar un instante aquel cuerpo inerte, á que algunos trataban de prestar auxilios,

—Son inútiles los socorros,—dijo.—Este hombre está muerto.

Verificada mas tarde la autopsia encontráronse todas las indicaciones de la congestion que habia determinado la súbita muerte de mi amigo. La masa encefálica aparecia salpicada de puntos sanguinolentos; las arterias y las venas, sobre todo estas últimas, mostraban una excesiva dilatacion, y la sangre, acumulada en los ventrículos cerebrales, era infalible indicio de la ruptura de algunos vasos.

* * *

¿Pero y el misterio, el terrible misterio del asesinato cometido por mi infortunado amigo? El mismo operador se encargó de revelarlo.

—Hemos encontrado—dijo—entre la *pía madre* y la *dura madre* y entre esta última y el cráneo esas adherencias signo infalible de congestiones anteriores; lo cual se corrobora, con la presencia de manchas blanquecinas en la masa cerebral. Su amigo de V.—añadió—veia por doquiera un fantasma teñido con el color de la sangre que se agolpaba á su cerebro congestionado, y la noche del crímen, ese fantasma tomó ser y forma en la persona del pobre sirviente. Estas alucinaciones son muy frecuentes en la congestion meningo-encefálica.

Y mientras el facultativo se expresaba de este modo, pareciame escuchar aun al pobre Servando cuando decia defendiendo su pasion por la mesa.

—Cada hombre tiene sus defectos, y yo tengo el mio, que despues de todo no perjudica á nadie.....»

¡No perjudica á nadie! La naturaleza es vengativa y no perdona fácilmente al que abusando de ella desconoce la sabiduría de sus leyes.

DOCTOR POPULUS

EL MOBILIARIO

POR DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

I

En toda clase de edificios, públicos ó privados, desde la más humilde casa al más suntuoso templo, hay ciertos objetos que, sin formar parte de la construccion, se colocan dentro de los mismos, ora para hacerlos más agradables y confortables, como ahora se dice, esto es, para que respondan de un modo más completo á la idea de una habitacion de gente culta y civilizada, ora en general para que en ellos puedan debidamente realizarse los diversos fines á que se encuentran destinados.

Ya se comprende fácilmente por esto, que hablamos del *mobiliario* en un ámplio sentido, segun lo cual abraza lo mismo las mesas, asientos, camas, etcétera, que los vasos de porcelana ó vidrio; los tapices, cortinajes y alfombras, como los espejos y los bronces; el servicio del comedor, como el del culto: en suma, cuanto cabe en la expresada idea de objeto independiente de los edificios y del cual sin embargo estos necesitan. Porque si el concepto, por ejemplo, más sencillo de la casa (no de la habitacion, que abraza tambien la cueva) es el de un cobertizo que nos abrigue de la intemperie, y si los vecinos de una casa—llamémosla así—semejante, bien pueden sentarse y dormir en el suelo, comer con los dedos, beber y lavarse en las fuentes y secarse al sol ó al aire; conforme la casa se agranda y mejora, va sintiéndose tambien la necesidad, no sólo de adornarla, sino de hacerla más cómoda; y con ambas, la de servirse de utensilios que permitan desempeñar más cumplidamente las diversas funciones de la vida doméstica.

Por esto, sin duda, desde que hallamos vestigios, por remotos que sean, de la existencia del hombre en las sociedades primitivas, en esos períodos llamados por su antigüedad y oscuridad para nosotros «prehistóricos» ó «ante-históricos», hallamos tambien señales de muebles y artefactos, rudimentarios, sin duda, pero en cada uno de los cuales debemos ver el gérmen de un desarrollo más ó ménos importante. Así, como el *men-hir*, la piedra larga hincada en el suelo, y en la que van distinguiéndose sucesivamente, merced á groseras entalladuras, primero una cabeza, que hace de ella un *hermes*, luego unos piés y unos brazos, hasta convertirse en una figura rígida, sacerdotal, *hierática*, y por último, nada ménos que en una estatua de Fidias, donde alcanza el grado supremo de libertad y de belleza, así la roca informe, donde celebraron los hombres sus primeros sacrificios, ha venido á ser el suntuoso altar de nuestras catedrales; la dura cama de yerba, el magnífico lecho esculpido, sobre cuyos muelles colchones se extienden espléndidos brocados; y la tosca vasija de barro, endurecida al sol, las maravillas del Japon ó de Sèvres.

De notar es que, segun se va elevando el nivel social de la cultura, todos estos objetos son cada vez más apropiados á su destino y más graciosos, delicados y elegantes; desenvolviéndose al par y en concorde medida en la historia de las sociedades la utilidad y la belleza. No es ésta la opinion de ciertos escritores contemporáneos; por ejemplo, del filósofo inglés Spencer, el cual cree que la tendencia estética, esto es, el intento de producir cosas hermosas, es como artículo de lujo, que no nace hasta que las primeras y más subalternas necesidades se han satisfecho, acordándose sin duda de aquel refran de «vientre vacío no está para músicas». Pero como desde los más remotos tiempos y en los pueblos ménos cultos de que se tiene algun dato, hallamos canciones, danzas, pantomimas, pinturas (que comienzan á veces por las que se hacen en sus propios cuerpos), no es posible asentir á esa opinion, por respetable que sea.

En cuanto al papel de esas tendencias estéticas en los utensilios de la casa, tampoco puede aceptarse. Las armas é instrumentos prehistóricos tienen con suma frecuencia líneas y figuras grabadas, en que seria difícil ver otra cosa sino puros adornos, sin los cuales en nada se perjudicaria su buen servicio, que es, por cierto, lo mismo que hoy acontece v. g. con nuestras vasijas ínfimas de barro, en las cuales, ya en la forma, ya en cierta ornamentacion que se les añade, se tiende á darles más agradable apariencia. De lo que no cabe dudar, es de que este intento, segun va dicho, se desarrolla con la civilizacion hasta un grado incalculable. Llega dia, en que la utilidad del objeto tiene apénas un valor secundario, como acontece con muchos muebles

preciosos que decoran los salones de las gentes acomodadas y de buen gusto, sin que nadie piense en emplearlos para el fin que á primera vista representan, y que casi viene á convertirse en pretexto de su construccion.

Desgraciadamente, no basta poseer ese buen gusto para tener á su disposicion y en su casa tales primores; pero el progreso de la civilizacion va de dia en dia facilitando, en esto como en las demás cosas, á todas las clases sociales, aun á las más humildes, la adquisicion de objetos que, accesibles sólo en otro tiempo para las más pudientes y elevadas, se hallan cada vez al alcance de mayor número de personas.

El estudio, aunque sea superficial y brevísimo, del mobiliario tiene más alta importancia de lo que á primera vista parece. Sirva de ejemplo lo que ocurre en el de las casas particulares. Todo cuanto contribuye á hacerlas más útiles, cómodas y agradables, sirve para aficionarnos á ellas y hacer que encontremos en el hogar una poesía, un atractivo, un encanto, que es difícil hallar en cualquier habitacion sucia, desmantelada ó incómoda. El descuido con que en ciertos pueblos poco adelantados (como en el nuestro acontece, y con particularidad en las clases medias) se mira este género de cosas es causa, y muy principal, de que en esos pueblos sea tan pobre y desnuda la vida de la familia, procurando cada cual no pasar en casa sino las horas absolutamente indispensables, y reduciendo estas á un mínimo cada vez más corto. Lo que la casa, por semejante camino, va perdiendo, lo ganan al propio compás el café y el casino, donde, prescindiendo de otros estímulos más ó ménos plausibles, se hallan siquiera cierto *comfort* y cierta decoracion, de buen ó mal gusto, pero infinitamente superiores á los de un cuartucho, vestido de papeles mugrientos y adornado segun patron irrevocable con desvencijados muebles, que enseñan sin pudor por entre aquellas desgarradas carnes, un dia verde ó anaranjado reps ó negra guttapercha, sus ruines entrañas de apretadas mazorcas de pelote. Así es que basta ver los cafés de una ciudad, para adivinar el grado de cultura que en ella alcanza la vida doméstica. Si son suntuosos, segun acontece en Madrid ó en Barcelona, bien podemos decir: ¡qué mal vivirán estas pobres gentes! «El *comfort* y el buen gusto del salon del casino—dice un escritor (1) dedicado á estos asuntos—*contribuyen tanto como la sociedad y los periódicos*, á sacar á los jóvenes de casa. Empujamos, literalmente, á nuestros hijos para que busquen fuera aquellas comodidades y órden que no hallan dentro. Extirpamos en ellos el gérmen del buen gusto; consideramos el arte como un gasto inútil y cortamos el más fuerte lazo con que podemos encadenarlos al hogar doméstico.» Y es—créalo bien el lector—que no me atreveria á decidir cuál de estas dos cosas es más difícil: si saber ser rico, ó saber ser pobre. Un poco de arte y de instinto natural basta para dar encanto á una casa; y sin embargo, ¡cuánto palacio existe radicalmente intolerable!

(Se continuará)

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

POBLACION DE LA INDIA.—Las provincias de la India que están bajo la dependencia inmediata de los ingleses, han tenido en el decenio de 1871-1881 el aumento de poblacion que se advierte en las cifras siguientes:

La de Bengala que en el censo de 1871 figuraba con 60.502,898 habitantes, llega hoy á 68.839,920.

La de Uda ha pasado de 11.220,252 á 11.407,625.

El Penjab, de 17.611,498 á 22.647,542.

La India central, de 8.201,519 á 11.505,149.

La Birmania inglesa, de 2.747,198 á 3.707,647.

Assam, de 4.162,019 á 4.815,157.

La presidencia de Bombay, de 16.349,206 á 20.920,119.

El Berar, de 2.277,654 á 2.670,982.

El Adjmir, de 396,889 á 453,075.

El Sind, cuya poblacion no constaba en el censo de 1871, figura hoy con 2.404,934 habitantes.

Dos provincias han disminuido: Misur, de 5.055,412 á 4.186,399; y Madrás, de 31.672,613 á 30.839,181. Resultado del hambre y la emigracion.

El total de los Estados inmediatamente sometidos y el de los feudatarios, asciende á 252.541,210 habitantes.

Esta cifra carece por de contado de la exactitud que acompaña á los censos de los países civilizados. Los indios manifiestan gran repugnancia á empadronarse: los musulmanes consideran esta operacion como impía, y el populacho la tiene aversion por mirarla como preliminar de la creacion ó aumento de las contribuciones. Por lo que atañe en particular á las mujeres, es casi imposible contarlas exactamente en la mayor parte de los Estados indígenas, y tan solo es dado conocer aproximadamente su número: los musulmanes de las clases elevadas no aciertan á comprender que el gobierno inglés pueda poner á las mujeres en la misma lista que á los hombres, y á los radjputas no les agrada revelar el número de hijas que cada padre de familia tiene.

Con todo, se debe convenir en que el último censo se acerca mas á la verdad que los anteriores; que en las provincias inmediatamente inglesas por lo menos, dista muy poco de ella, y que mas bien es inferior que superior á la cifra exacta.

La comparacion entre las diferentes provincias da á conocer que aquellas en que mas aumenta la poblacion son las que están gobernadas directamente por Inglaterra: la de la Birmania inglesa, por ejemplo, ha crecido en diez años un 35 por 100, á causa sobre todo de los inmigrantes de la Birmania independiente.

El gran aumento de poblacion en la India, á pesar de las frecuentes carestías y de las catástrofes de que aquel país es siempre teatro, y á pesar tambien de la emigracion á las colonias, que ha tomado últimamente gran incremento, ofrece al gobierno inglés un grave problema que resolver. Muchos distritos están ya tan poblados que se vive en ellos con estrechez: hoy no hay ya como en otro tiempo guerras civiles ó luchas contra un invasor cualquiera para restablecer el equilibrio..... El menor accidente en la marcha de las estaciones, un poco mas ó menos de lluvia, sumen á países enteros en la mas espantosa miseria, y el hambre hace terribles estragos.

El verdadero, el único remedio consiste en organizar muy pronto una emigracion en masa á las colonias tropicales de Inglaterra.

LA MORAL DE LA HISTORIA

Arístides llamado *el justo*, sabio filósofo ateniense que murió el año 469 antes de J. C., se hallaba sentado en su tribunal conociendo de una cuestion pendiente entre dos ciudadanos. Uno de ellos, á fin de malquistar al magistrado con su adversante, dió cuenta de diversas injurias que contra Arístides habia proferido. El recto magistrado, sin conmoverse siquiera, atajó al denunciante diciendo:

—Prescindid de cuanto mal haya dicho de mí vuestro contrincante y atengámonos á vuestra demanda. Aquí estoy para conocer de vuestra causa y no para conocer de la mia.

***

El café, este arbusto que ha sido y es una de las principales riquezas de las Antillas, no era conocido en las francesas á principios del siglo XVIII, en cuyo tiempo únicamente se cultivaba en Arabia. Un jóven guardia marina llamado Desclieux, que murió de teniente general de la armada, concibió la idea de enriquecer con tan precioso producto la isla de Guadalupe, su patria. Obtuvo al efecto dos de aquellas plantas, que se conservaban en uno de los invernáculos del Jardin de Plantas de París, y se embarcó con este depósito, que cuidó esmeradamente durante la larga travesía. Prolongóse el viaje mas de lo previsto, faltaron víveres á bordo y escaseó el agua de tal suerte que únicamente se daba un vaso por dia á cada tripulante. Desclieux, exponiendo su salud y hasta su existencia para prestar á su país lo que él comprendia ser un gran servicio, bebia apenas la cuarta parte de su mezquina racion de agua y dedicaba la restante á regar sus arbustos, que gracias á tanta perseverancia y sacrificios, llegaron sanos y salvos á la Guadalupe. Plantáronse con todo esmero, y de aquellas dos humildes plantas han surgido cuantos cafés han dado de sí las Antillas y la América toda.

Veinte años despues de aquel viaje de Desclieux, las colonias francesas, enriquecidas con el cultivo del café, votaron para el insigne marino una recompensa de trescientos mil francos; pero el digno oficial renunció generosamente la dádiva, suplicando fuese destinada á perfeccionar diversos cultivos, no menos útiles.

CRONICA CIENTIFICA (1)

Nos proponemos en esta serie de artículos un doble objeto.

Primero: ir dando á conocer en forma clara y sencilla las grandes leyes de la Física y de la Química. Para ello nos valdremos del lenguaje vulgar, de ejemplos comunes y familiares, de aquellas ideas primitivas, en fin, que constituyen en cierto modo la atmósfera de nuestra moderna civilizacion.

Segundo: consignar todas las invenciones, todos los maravillosos descubrimientos, que mensualmente nos traen las publicaciones extranjeras, y que á millares brotan de continuo, en Europa y en América, como portentosos resultados de una ebullicion intelectual sin ejemplo en la Historia de las naciones.

Hé aquí en frases breves y precisas nuestro programa.

Para realizarlo escribiremos dos clases de artículos. Unos que tendrán por objeto el primero de los dos indicados; á saber, la exposicion de la ciencia en sus principios, en sus leyes, en su organismo. Elegiremos á este fin uno de los grandes inventos modernos, el teléfono, ó el fonógrafo, ú otro cualquiera, y al explicar su mecanismo, su modo de funcionar y por ende su teoría, explicaremos por extenso con tal motivo, y en tal ocasion, las leyes fundamentales de la acústica, de la electricidad ó de otra cualquier rama de la Física, que con el invento de que tratemos tenga relacion.

De este modo, uniendo y enlazando la novedad del caso presente y lo concreto de sus aplicaciones, con lo general y lo abstracto de las teorías científicas, procuraremos hacer estas mas interesantes por sus aplicaciones, y hacer aquellas novedades é inventos mas fecundos y provechosos, porque darán ocasion para abrir anchos horizontes científicos ante nuestros lectores, si con su atencion y su constancia nos honran.

Hasta aquí los artículos doctrinales, por decirlo así, aunque sin apariencia de serlo ni por el estilo ni por la forma.

Pero además de estos, y para realizar el segundo de los dos objetos mencionados, escribiremos periódicamente, cada mes, ó cada dos meses, segun haya sido mas ó menos fecundo el movimiento científico, y segun nos hayan traido las Revistas y Publicaciones mayor ó menor suma de hechos, uno ó mas artículos de actualidad y de interés del instante, una verdadera crónica, reflejo fidelísimo, de la vida diaria de ese mundo en que se acumulan las experiencias, se forjan las teorías, se preparan los descubrimientos, y se elabora el porvenir.

En resúmen: como base general de nuestro trabajo escribiremos una *primera serie* de artículos doctrinales en que iremos filtrando lentamente, con todo género de precauciones para evitar el cansancio ó la monotonía, la ciencia moderna, sus principios, sus leyes, sus maravillosas grandezas. Y alternando con estos artículos de doctrina, publicaremos aun otra *segunda serie* de artículos de actualidad y de interés palpitante.

La *primera serie* llevará el título de *Seccion doctrinal*, con el nombre de la invencion, del aparato, ó del descubrimiento que en ella se estudie.

La *segunda serie* tendrá constantemente el epígrafe de *Crónica científica*.

Y expuesto nuestro plan, y presentado con toda la lisura posible nuestro programa, comencemos desde hoy la tarea que nos hemos impuesto.

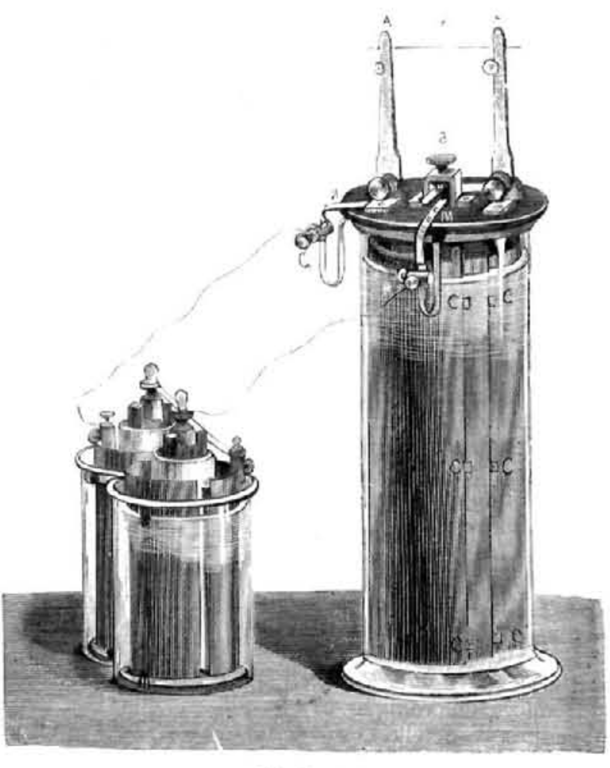
Dos invenciones preocupan en la actualidad los ánimos, y ambas traen un sello comun y se presentan con un especialísimo carácter.

Ambas van por el límite que separa las invenciones sérias de las utopías ó de las farsas industriales, y sin embargo consideramos, que en una y en otra hay algo importante que estudiar, y que merece la atencion del público.

Son ambas invenciones el *Zeromotor* de Gamgee, y la *pila* de corrientes secundarias de Faure; y tales son tambien, Gamgee y Faure, los nombres de los inventores, si la memoria no nos es infiel.

Comencemos por este último invento.

La base en que se funda es real y positiva, no ideal ni fantasmagórica: trátase de un hecho reconocido por todos los físicos y detenidamente estudiado por M. Planté, experimentador insigne, que en una obra publicada en el año 1879 con el título de *«Recherches sur l'electricité»* y dedicada al emperador del Brasil, consignó resultados en extremo curiosos é interesantes sobre varios fenómenos eléctricos, y en particular sobre el que sirve de fundamento á la invencion que nos ocupa.



Pila Planté

Imaginemos una pila: un alambre que una sus dos polos: y en el trayecto de dicho alambre ó conductor, intercalemos un voltámetro; es decir un vaso de cristal en que penetren verticalmente dos hilos ó láminas de un metal cualquiera: por ejemplo dos planchas de plomo, unida una al conductor metálico que viene del polo positivo de la pila, y unida la segunda á la parte del hilo que va á parar al polo negativo.

Es decir que la electricidad que parte del polo positivo recorre el siguiente camino: el alambre en su primera parte, una de las láminas de plomo del voltámetro, el agua, la segunda lámina, el conductor general ó segundo trayecto del alambre, y así viene á parar al polo negativo de la pila.

Esta corriente descompone, segun se sabe, el agua del voltámetro; el hidrógeno se dirige al polo negativo, el oxígeno ataca al plomo en el polo positivo y forma un

(1) W. J. Loftie. *Defensa del arte en casa, con especial referencia á la economía en coleccionar obras de arte y á la importancia del gusto en la educacion y la moral* (en inglés) Lóndres, 1877; cap. V; *El arte y la moral:* pag. 97.

(1) Este artículo fué escrito hace muchos meses, cuando apenas era conocida la pila Faure.

peróxido de plomo, y hasta aquí nada ocurre, ni nuevo, ni extraño, ni digno de especial mencion. Teorías son harto conocidas, que convenientemente, y cuando llegue la ocasion, en nuestros artículos doctrinales procuraremos explicar, y que por hoy hemos de pasar por alto.

Pero supongamos que la pila cesa en su accion, que se interrumpe el conductor general, y que el voltámetro queda libre de toda influencia extraña; pues bien, dicho voltámetro, este vaso con su agua acidulada y con sus dos láminas de plomo, una de ellas oxidada, la otra pura, es en rigor *una nueva pila*, y si se unen por un alambre sus dos polos, el de plomo oxidado y el de plomo puro, resultará una nueva corriente eléctrica de singular intensidad.

Los voltámetros así preparados se llaman *pilas secundarias*, y las corrientes á que dan origen *corrientes secundarias*. Nombres propios y expresivos, toda vez que el voltámetro se ha convertido en pila, porque estuvo bajo la influencia de una pila ordinaria; y sus corrientes eléctricas son la transformacion ó las *corrientes secundarias* de unas primeras corrientes: las de la pila fundamental.

Sin embargo, tampoco hasta aquí hay gran novedad en el descubrimiento, ni se adivina su importancia; pero es el caso que Mr. Faure ha introducido ciertas modificaciones trascendentales en el voltámetro de Mr. Planté; que bajo la base de la pila Faure se ha constituido una sociedad industrial; que al frente de dicha sociedad aparece un nombre célebre en el mundo financiero; que un eminente y respetable físico cubre la empresa con el manto de elevadas teorías, y que, segun se dice, los muros de la gran villa de Paris vense cubiertos de carteles, anuncios, promesas, asombros y prodigios.



PASATIEMPOS DOMESTICOS EN CHINA, copia del celebrado cuadro de Chevalier

¿Cuál es la base de toda esta máquina científica, industrial y financiera que amenaza de muerte á las compañías de gas, á las minas todas de carbon de piedra, á cuantos motores existen, y que ofrece maravillosa transformacion á casi todas las industrias?

Pues su base científica no es otra que la pila de corrientes secundarias de Mr. Planté, transformada, perfeccionada y multiplicada por Mr. Faure. Y esta segunda parte, segun parece, es todavía algo serio, verdadero, y digno de estudio.

Que M. Faure ha mejorado la pila primitiva es un hecho.

Hasta qué punto llega la mejora, y cómo pueden fundarse en el nuevo aparato esperanzas tan desmedidas, es precisamente el punto grave del problema.

De todas maneras ¿cuáles son las ventajas y las aplicaciones de esta singular invencion? ¿cuáles son sus límites racionales? ¿cuál es su porvenir?

De todos estos puntos nos ocuparemos en el artículo próximo, cuya segunda parte procuraremos dedicar al célebre *zeromotor* competidor á distancia de la *pila secundaria*.

El *zeromotor* es en la raza sajona lo que la *pila Faure* en la raza latina, y sin embargo en una y en otra invencion palpitan problemas importantísimos y muy dignos de estudio.

JOSÉ ECHEGARAY.

OBJETOS DECORATIVOS.—Es indudable que el perfeccionamiento de la industria, unido á la generalizacion de los estudios serios, ha despertado en nuestra época el sentimiento estético y el amor á las artes. Este sentimiento y esta aficion se echan hoy dia de ver, no ya tan solo en esas magníficas construcciones en las que el gusto moderno se asimila y combina todo género de elementos, en ocasiones no con el mayor acierto.

Donde mas especialmente se nota la influencia que el arte ejerce en la industria, así como en todos los ramos de la produccion, es en el mobiliario y en los objetos decorativos, en los que la riqueza de la labor, el ingenio, la gracia, y la habilidad de los artistas y artífices, puede decirse que rivalizan en prodigios. Buena prueba de ello nos ofrecen los innumerables ejemplares presentados en nuestras modernas exposiciones, y entre los que en preferente lugar brillan la cerámica y los bronces artísticos.

Los objetos que figuran en la presente página de nuestra revista, y que representan respectivamente un ánfora, un centro de velador ó consola y un reloj de pared, son tres magníficos ejemplares del arte moderno, dignos de figurar en suntuosa habitacion, y en los que se revela el exquisito gusto y el estudio de sus autores.

El ánfora es una obra de verdadero mérito, cuyo dibujo es debido al jóven escultor Nelson Madeau: agrada por su forma graciosa y elegante, y no es menos de admirar por el relieve que presenta en su cuerpo, como por la estatua que la sirve de remate. Dos mascarones sostienen las asas y cuatro piés de leon la sustentan, asentando en un basamento circular: es de estilo neo-griego y la estatua con que termina parece representar la poesía estrechando contra su seno la lira y en actitud de pedir al cielo sus divinas inspiraciones. Por lo que respecta al centro diremos que es una concepcion en la que brillan aunadas la originalidad y la armonía: es un sátiro, ceñida de pámpanos la cintura y aplicando los labios á la clásica flauta de siete tubos: á su alrededor cuatro juguetones amorcillos danzan acompañándose de sus acordes pastoriles. No menos digno de figurar junto á estos dos objetos, es tambien el magnífico reloj de pared obra de Guerret, uno de los mas célebres constructores de muebles de Paris, pues sin disputa es una obra en que la riqueza no está mal avenida con la elegancia. Su estilo es el del Renacimiento, en el que tan graciosamente combina el arte toda suerte de risueñas alegorías, y que por su pompa y su magnificencia tan bien se presta al decorado de los salones.

MAGNÍFICO RELOJ DE PARED

ANFORA PARA PERFUMES, OBJETO DE TOCADOR



CENTRO DE VELADOR Ó DE CONSOLA

En resúmen, las tres mencionadas obras que son una visible prueba de los progresos del arte moderno, se recomiendan por su forma y estilo á las personas de buen gusto. Consecuentes nosotros con el título de esta publicacion, nos proponemos dar á conocer en sus páginas algunas obras de este género no inferiores en mérito.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

CONTRIBUCION DE GUERRA

(CUADRO DE GUSTAVO GAUP)

